

RECUERDO

Han pasado los años y aun lo recuerdo. Cogido de la mano de mi madre. Casi a rastras. Iba con nosotros la Ti Justa, vecina, con su saya y mandil negros y un descolorido pañuelo en la cabeza. Sacó una perrona de su faltriquera y me la dio.

- Toma, rapacín. Vete donde Amelia la Confitera o donde Herminia y cómprate una bola de chicle.

- Ay, madre, no me lleves a la plaza que me coge el guirrio con su tenaza.

Anoche soñé que saltaba muy alto, con mi mázcara, al lado de mi padre y mis tíos. Y no tenía miedo. Aquel miedo que me hacía tiritar, de niño, cogido de la mano.

- Ay madre, no me lleves a la plaza que tengo miedo al guirrio con su esquilón.

En mi mano llevaba una vejiga para golpear a quienes no iban de antruejo. Nunca pegaba a las madamas, con sus vistosos trajes de la Ribera Alta del Órbigo, el río que nos une.

Cuando me desperté ya había revuelo en casa. La gomía, la rosita, los toros (cabezas de vaca con sus cuernos y articuladas), los caretones,... Todo estaba listo para, por la tarde, correr el antruejo. Hoy era un día muy especial. Todo volvía a ser como lo fue cuando yo era un niño.

Los recuerdos se mezclan en mi cabeza. Mis bisabuelos y los vecinos contaban historias interminables en los filandeiros al amor de la lumbre. Las mujeres escuchaban mientras hilaban la lana de sus propios rebaños. ¡Qué ricos los frisuelos de aquellas largas veladas!